

La larguísima corrida de la Beneficencia

El premio a la seria reaparición de Manolo Vázquez

Había ambiente de corrida de Beneficencia, «el festejo más importante del año», como siempre se le denominó. Y los que somos partidarios de la tradición en el más noble y limpio sentido de la palabra (que no quiere decir jamás vuelta atrás, sino marcha hacia delante sin olvidar el pasado, lo bueno del pasado se entiende) gozamos con estos festejos, que cuentan con el inconfundible sabor de la solera, de esa solera que sustenta nuestro espectáculo.

La corrida comenzó con un pelín de retraso. Sus Majestades, probablemente por el tráfico, llegaron unos minutos tarde. Las palmas de tango ya estaban en acción cuando el Monarca, acompañado de Doña Sofía, que lucía la clásica mantilla española, hizo cambiar con su presencia la impaciencia por una cerrada ovación, mientras sonaban las notas de la Marcha Real, que el público escuchó respetuoso puesto en pie.

Y YA ESTAN AHI... Las cuadrillas, encabezadas por el portugués Joao Moura se hacen presentes en la puerta de cuadrillas. Los aplausos brotan jubilosos. El cartel es prometedor. Un buen cartel, sobre el papel, de toros y toreros. Corrida de expectación, corrida de desilusión, dice el refranero taurino. Y yo les pregunto a los que se fueron a París a ver jugar al Real Madrid: ¿Qué les ocurre cuando ellos también ponen su corazóncito y vuelven con él hecho cachitos...? El público se asombra en el paseo del magnífico tiro de mulas. Un auténtico lujo. Son de don Félix Arranz, ese caballero de Mérida, aficionado hasta los tuétanos, que las cede todos los años, para ornamento de la función, que no sólo de derechazos y naturales vive la fiesta.

La corrida comenzó con la actuación, deslucida, desdibujada, lamentable del portugués Moura. Esta tarde ha perdido una buena batalla en esa guerra de las espuelas, que han montado los rejoneadores y que empiezan a tenernos hasta el gorro a los aficionados. Esta vez Moura, espectacular toreando, ha estado rematadamente mal a la hora de clavar. Y ha alargado innecesariamente la ya de por sí larga, larguísima corrida, montada sin duda con la máxima ilusión por los organizadores. La empresa confecciona carteles a lo largo del año, la Diputación cumple puntual-

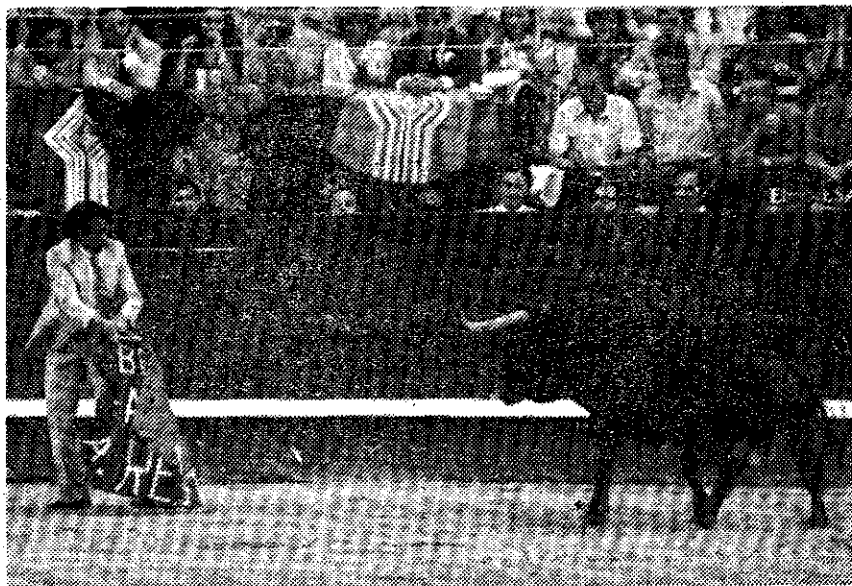
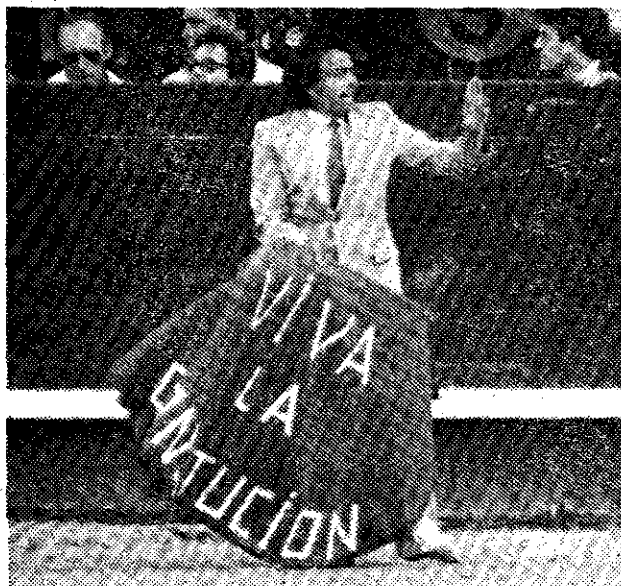
mente con su corrida de Beneficencia, la Prensa organiza la suya, ¿por qué no se deja a los aficionados que una vez al año den también la suya? No estaría nada mal que todos pudiéramos comprobar lo que se pasa en ese duro ajeteo que tanto sueño quita y tan pocas satisfacciones produce, porque la fiesta de los toros es un espectáculo que habitualmente está mal, porque es así, por naturaleza, con Reglamento en mano, o sentados encima del Reglamento. Lo que salva a la fiesta, lo que la sostiene durante siglos es que lo bueno queda en el recuerdo, se rumian las contadas tardes felices, hasta media verónica, un quite, un pase de pecho...

EL MAESTRO. Pocos toreros cuentan con tanto cartel en Madrid como Manolo Vázquez. El diestro con más fuerza en esta capital, con perdón, fue don Antonio Bienvenida. Algunos cuando quieren quitarle importancia dicen: «Era un torero para Madrid.» Como si lo bueno fuera ser torero para Benidorm, Marbella o Andalucía la Nueva... Lo cierto es que Manolo, después de Antonio, es el torero con más cartel en Madrid. Ganado de parecida manera. En las Ventas consiguió sus mejores triunfos, en las Ventas sufrió graves cornadas, de las Ventas salió por la puerta grande con las orejas en las manos innumerables veces. Por eso se respeta a Manolo Vázquez en Madrid, por eso se le quiere, por eso se le espera y por eso se ha llevado esta tarde para Sevilla ¡tres millones de pesetas! ¿Se acuerdan ustedes cuando la gente decía que el que se llevaba el dinero era El Cordobés? Lo que cambia la vida. Ahora Madrid por vivir unos recuerdos, unas añoranzas de hace treinta años, por paladear la solera de esos muletazos al primero, dándole la distancia al toro a la hora de citar, no colocándose al lado del toro, sino en ese lugar donde los toros



Los Reyes, recibidos con una cerrada ovación. Doña Sofía realizaba su belleza con la mantilla española. (Fotos: Botán)

tienen más recorrido y mayor alegría, le han puesto un montón de miles de duros en las manos. Y yo me alegro. Y digo que se lo merece, porque Manolo ha vuelto de verdad. Manolo, como Antonio, no ha venido a jugar al escondite. Reapareció en Sevilla, repitió en Jerez y luego dos tardes en Madrid, ambas televisadas, dando la cara, haciendo el esfuerzo, tragándose miedos y preocupaciones, años y recuerdos de lejanos quirófanos, pero que parecen de ayer mismo a la hora de vestirse de torero. Por eso yo, aficionado de Madrid, madrileño nacido en la carrera de San Jerónimo, número 10, amo con toda mi alma a Sevilla, cuna indiscutible del toreo. Hace unos días me hablaba Marcial Lalanda de mi debilidad por Sevilla. Y yo no la niego, aunque le haga palmas a Antoñete como se las hice a Manolo Escudero y también en mi adolescencia a Julio Aparicio, en aquellas tardes de temperamento. Pero yo le pregunté a Marcial: «Maestro, ¿usted ha sido partidario de



El Chocolate, ex novillero, hoy político de izquierdas, se tiró de espontáneo con una muleta vitoreando al Rey y a la Constitución. El hombre se defendió bien

dos toreros, verdad?» No lo oculta. Marcial ha sido acérrimo de Joselito, su ídolo, su patrón, su modelo de torero y de toreo, después fue partidario de Pepe Luis, el hermano de nuestro Manolo de hoy. Y ahora yo me pregunto, ¿dónde habían nacido Joselito y Pepe Luis? Manolo Vázquez tenía hoy en la Monumental la representación de Sevilla. Y la huella ha quedado patente con ese primer toro de Samuel, nobilote, de cara alta y escaso

celo, soso, como toda la corrida, y aburrido. Pero el torero estaba más alegre que unos cascabeles, porque alegría quiere decir todo lo contrario que aburrimiento. Y eso es lo que no fue en ningún momento la faena del maestro de San Bernardo.

Tuvo color, calor, sabiduría e inteligencia. No son tiempos de apreturas, de aquellas apreturas de los años 50. Manolo no puede —ni debe hoy— rebozarse con los toros. La faena de Manolo Vázquez resultó de arte y ensayo. La pena es que luego, el muy pinchauvas, no fuera capaz de rematarla a la primera. Escuchó una ovación desde ese lugar donde se recogen las ovaciones que suenan con fuerza, desde los medios, desde ese sitio que hace temblar a algunos aficionados..., aficionados al reglamento, ¿qué reglamento?, temiendo siempre que el diestro iniciase una vuelta al ruedo, que no viene en su libro, ni en el artículo 43, ni en el 22, ¡qué penal!

En el otro, Manolo no anduvo confiado. El toro le andaba. Se los «tragaba» por el derecho, pero el de Samuel, pegajoso y molesto, se le ponía por delante y no le dejaba estar a gusto. La gente notó que Manolo no andaba dispuesto a exponer ni los alamares de su flamante vestido verde y oro. Y le pitaron fuerte, como se pita a los grandes toreros que toman prevenciones. Lo cierto es que el de San Bernardo ha resuelto dignamente, pero que muy dignamente, las papeletas de Madrid y Sevilla. Ahora a circular por provincias con más tranquilidad, menos toro y menores sobresaltos. El domingo a Marbella, alternando con Camino y El Cordobés, con esos dos que también reaparecen... ¡en Marbella!

EL SANTO DE ESPALDAS. José Mari Manzanares, independientemente de sus defectos, del mal momento que atraviesa, de la declarada y abierta hostilidad de determinado sector del público (la siembra ha dado se fruto...), también es verdad que la fortuna le ha abandonado. Todo le sale mal. Sus toros (no falla) son los cojos. Por fin se las tuvo que ver con un sobrero de El Sierro, que le tiró dos gañafones a la barriga nada más comenzar la faena de muleta. El astifino animal (astifino fue toda la corrida) se defendía. Manzanares hizo lo mismo en medio de una bronca. Su otro toro de Samuel fue bueno. Soso, pero bueno. Se le apuró mucho en quites, y llegó al último tercio como el de Cuadri del otro día, sin viaje, sin apenas reco-

rido, muy aplomado. La faena tampoco pudo ser. Y la bronca se desató.

COMO SIEMPRE. Julio Robles anduvo como casi siempre. Su primer toro por el lado derecho se prestaba al lucimiento. Embestia con nobleza, pero el salmantino no se entregó. Le entraron las prisas. De pronto se cambia la muleta de mano. Y le salen unos trapazos con la zurda. Vuelve a la mano derecha. No pasa de discreto. Todo queda en palmas.

El sexto de Samuel, cornalón y áspero, derumbó las poquísimas ilusiones que le quedaban al público. La corrida de la esperanza se deslizaba por el tobogán del cansancio —tres horas sentados en el tendido— entre derrotes, trapazos y deseos de vernos todos fuera de la plaza, empezando por el propio Julio Robles.

Las últimas palmas sonaron para los Reyes, que presidieron esta corrida —no me duelen prendas— que me pareció muy bien organizada, con sentido de aficionados con paladar, pero que los sosos y escasamente bravos toros de Samuel, las cojeras, los sobreros y ese «previsto» e ¿imprevisto? show de todos los días acabaron por llevarse por delante.

¡Ah! Se tiró un espontáneo con una muleta que decía Viva la Constitución, solicitando el premio Nobel para el Rey. El propietario de la muleta, antiguo novillero, hoy político, de izquierdas, es El Chocolate, que dio su «golpe» particular en el ruedo de las Ventas en un toro devuelto que no perjudicaba a nadie. Marchemos todos y El Chocolate el primero por la senda de la Constitución...—**Vicente ZABALA.**